

NÉSTOR ROLDÁN

Los grillos tullidos

XXXIII Premio SGAE de Teatro Jardiel Poncela

Sin la autorización por escrito de la editorial, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni tampoco su tratamiento o transmisión por ningún medio o sistema.

De igual manera, todos los derechos que de ella dimanen, cualquiera que sea la naturaleza de estos, así como las traducciones que puedan hacerse, incluyéndose igualmente las representaciones profesionales y de aficionados, las películas de corto y largo metraje, recitación, lectura pública y retransmisión por radio o televisión, quedan estrictamente reservados. Se pone un especial énfasis en las lecturas públicas, cuyo permiso deberá asegurarse por escrito.

Las solicitudes para la representación de esta obra, de cualquier clase y en cualquier lugar del mundo, habrán de dirigirse a Sociedad General de Autores y Editores, SGAE, en la calle de Fernando VI número 4, 28004 Madrid, España.

NÉSTOR ROLDÁN

Los grillos tullidos

Primera edición, 2025

© De *Los grillos tullidos*: Néstor Roldán Abarrategui

© Del prólogo: Ernesto Caballero

© Para esta edición: Fundación SGAE, 2025

Coordinación editorial: Pilar López

Diseño gráfico y de cubierta: José Luis de Hijes

Maquetación y procesos digitales de edición: spandaeditorial.com

Corrección: Susana Pulido

Logotipo de la colección: Francisco Nieva

Imprime: Estugraf Impresores, SL

Edita: Fundación SGAE

Bárbara de Braganza, 7, 28004 Madrid / publicaciones@fundacionsgae.org

www.fundacionsgae.org

ISBN: 978-84-8048-965-2

ISBN electrónico: 978-84-8048-966-9

DL: M-19509-2025

Índice

Prólogo: <i>El silencio de los grillos</i>	
Ernesto Caballero	7
Los grillos tullidos	11
PREÁMBULO: GRILLOS	13
Acto primero	17
1. EL GUSANO DEL PENSAMIENTO	19
2. SONATA A UN BUEN HOMBRE	33
3. LA CELEBRACIÓN	39
Acto segundo	41
1. LA PREGUNTA	43
2. EL RECORRIDO DEL PARÁSITO	47
3. JAULA DE GRILLOS	53
4. LA PROMESA	57
5. AHORA	63
6. EL FARO	71
7. “CAEROSTRIS DARWINI”	73
8. EL CUADERNO	75
9. GRILLOS	77
10. EL MURO	79
EPÍLOGO: EL SUEÑO	81

El silencio de los grillos

Hay obras que nos atrapan por su argumento, por la peripecia de sus personajes o por los giros inesperados que las sacuden. Y hay otras que nos inquietan desde una textura más profunda: su estructura, su mirada, su peculiar manera de respirar. *Los grillos tullidos* pertenece, sin duda, a esta rara familia. No se limita a contar: interroga, acecha, nos convierte en cómplices de una mirada que, al tiempo que nos deslumbra, nos deja expuestos.

Y es que uno siente, desde las primeras líneas, que no está ante un mero drama de desapariciones o traiciones domésticas, sino ante una maquinaria poética cuidadosamente ensamblada para pensar el tiempo, la identidad y la percepción como ficciones construidas.

El texto de Néstor Roldán avanza como una melodía a tres voces: narración, diálogo y silencio. Con una composición rítmica que remite a autores como Sarah Kane o Jon Fosse, y con una poética que entronca con el Pinter más metafísico o el Beckett más doméstico, la obra se sostiene no tanto en lo que ocurre como en la manera en que eso ocurre. El espacio se disuelve en la palabra, el tiempo se pliega sobre sí mismo, y los personajes, como grillos tullidos, se afanan por emitir un canto que ya nadie escucha, acaso porque ya no queda quien lo pueda reconocer.

El resultado es un artefacto poético que piensa con imágenes, que filosofa desde lo sensorial. No se trata, pues, únicamente de narrar una desaparición, sino de llevar a cabo una disección de la vida compartida, un experimento afectivo y filosófico que adopta la forma de fábula entomológica: un cuento inquietante en el que los grillos mudos y lisiados terminan por reinar en el silencio. Roldán no construye un argumento, sino una poética. Una fábula que ausculta lo cotidiano con la precisión de un entomólogo melancólico. Un

gesto de rara belleza y ferocidad, tan absurdo como profético, sostenido por una dramaturgia rigurosamente elaborada que convierte ese absurdo en una forma legítima de verdad.

Como dramaturgo y director, he aprendido a desconfiar de las obras que se explican con facilidad: el teatro, cuando se eleva, no es solo argumento o conflicto; es también ritmo, temperatura, atmósfera, tejido de signos. En ese sentido, lo que Néstor consigue aquí es una verdadera filigrana dramática: un trabajo de orfebrería donde la palabra es sonido, donde la escena es mirada y donde el tiempo se convierte en materia escénica.

No puedo dejar de imaginar la puesta en escena como una coreografía de tensiones sutiles: una ventana iluminada como único faro, una jaula de grillos como caja de resonancia del alma, y ese personaje –Friseal– que, al desaparecer, comienza a ocuparlo todo. Y mientras tanto, Dan y Ashley orbitan alrededor de su ausencia como si en ese duelo suspendido se jugara algo más que el recuerdo: la posibilidad misma de seguir habitando el tiempo.

La obra nos obliga a preguntarnos: ¿cómo se observa una vida desde fuera? ¿Cómo se narra lo inenarrable? ¿Cómo se habita una casa después del misterio? En ese territorio incierto, donde la metáfora entomológica y el gesto cotidiano se abrazan, se nos revela una poética tan radical como profundamente humana. Y entonces, como en *La ventana indiscreta* de Hitchcock, asistimos a una inversión del dispositivo escénico: el espectador se convierte en observado. La intimidad, en espectáculo; el detalle insignificante, en clave reveladora, y el ojo, que todo lo ve, comienza a ser también interrogado. ¿Qué implica mirar sin ser visto? ¿Qué ética se pone en juego cuando la vida ajena se convierte en objeto de estudio, en posible relato? Roldán plantea estas preguntas sin necesidad de enunciarlas, dejando que la propia arquitectura de la obra las despliegue, las insinue y las haga vibrar.

Los grillos tullidos no deja indemne. Nos contempla mientras avanzamos por sus páginas, como si supiera que también nosotros albergamos nuestras propias jaulas, nuestras zonas de sombra. Nos convierte en insectos bajo la lupa, sujetos de una observación invi-

sible. Y en ese juego de reflejos —a veces claros, a veces desfigurados— la obra nos lanza una pregunta incómoda: ¿cómo sería nuestra vida si alguien la estuviera mirando desde fuera? No hay respuestas cerradas. Lo que *Los grillos tullidos* ofrece es una invitación a mirar desde otro lugar, a reconocernos en lo ajeno. El lector/espectador se convierte entonces en testigo de lo íntimo, en grillo, en sombra, en silencio. Y acaso intuye que también su vida forma parte de una fábula extraña donde, al final, el silencio termina por reinar.

Ernesto CABALLERO

Dramaturgo y director

Los grillos tullidos

Personajes

DAN SINCLAIR

SEÑORA FRISEAL (ASHLEY WHITE)

SEÑOR FRISEAL (ROBERT FRISEAL)

NARRADOR

PREÁMBULO: GRILLOS

Salón de los Friseal. Estancia en penumbra

En el sofá, la Señora Friseal sentada sobre Dan Sinclair. Hacen el amor.

Tras unos instantes, el teléfono suena.

DAN SINCLAIR.— No lo cojas.

Sigue sonando.

Olvídalo...

Sigue sonando.

SEÑORA FRISEAL.— Dame un momento.

DAN SINCLAIR.— ¡Ash!

Ahsley coge el teléfono.

SEÑORA FRISEAL.— Diga. (...) Diga. (...) ¿Quién es?

El interlocutor ha colgado. La Señora Friseal parece desconcertada.

DAN SINCLAIR.— ¿Estás bien? ¿Quién era?

SEÑORA FRISEAL.— Había como un ruido al otro lado.

DAN SINCLAIR.— ¿A qué te refieres?

SEÑORA FRISEAL.— Un sonido como de...

DAN SINCLAIR.— ¿Qué?

SEÑORA FRISEAL.— No importa. Déjalo. Deben de haberse equivocado.

Dan se acerca a ella. La Señora Friseal lo para.

Espera...

DAN SINCLAIR.— ¿Qué pasa?

SEÑORA FRISEAL.— Nada. Pero, si no te importa, preferiría...

DAN SINCLAIR.— ¿Hablas en serio?

SEÑORA FRISEAL.— Por favor.

DAN SINCLAIR.— ¿Qué ha pasado, Ash? ¿Qué has oído?

SEÑORA FRISEAL.— Nada... De veras, no era nada...

DAN SINCLAIR.— Ash...

SEÑORA FRISEAL.— Es simplemente que... necesito estar sola.

DAN SINCLAIR.— Como quieras.

Se abrocha el pantalón, la camisa y comienza a recoger sus cosas.

SEÑORA FRISEAL.— Lo siento.

DAN SINCLAIR.— No pasa nada. No te preocupes.

Se dispone a salir.

SEÑORA FRISEAL.— *(Antes de que la puerta se cierre)* Grillos. *(Dan la mira)* He oído grillos.

DAN SINCLAIR.— Grillos...

SEÑORA FRISEAL.— Sí... Grillos.

Acto primero

1. EL GUSANO DEL PENSAMIENTO

Salón de los Friseal

*La Señora Friseal, en la ventana. Un plato con tostadas en su mano.
Dan Sinclair, sentado a la mesa, cena en silencio.*

SEÑOR FRISEAL.— (*Narra*) 25 de marzo de no importa qué año. Casa de los Friseal. Calle residencial de no importa qué ciudad, en poco importa qué país, flanqueada por hileras de casas de dos alturas. La luz de un rojizo atardecer llena la estancia, filtrándose a través de un enorme ventanal. Ciento veintiséis días tras la desaparición de Friseal. Mi desaparición. Dan Sinclair y la señora Friseal, mi esposa, cenan en silencio. (*Pausa*) A estas alturas mi caso se ha dado ya por cerrado. Ya nadie busca a Friseal. Nadie busca ya mi cuerpo. Excepto Dan. Él no ha dejado de hacerlo. Y aunque su ánimo es el propio de un rastreador deambulando sin dirección, Dan se ha prometido el imposible de no renunciar.

DAN SINCLAIR.— Mañana haré otra vez la ruta de los museos. Quiero volver a hablar con los conserjes. Tal vez se nos haya pasado algo. No perdemos nada por intentarlo.

SEÑOR FRISEAL.— (*Narra*) Mi mujer asiente, pero en realidad no lo escucha. Su pensamiento se pierde lejos de allí, reconstruyendo una vez más la secuencia de aquel 19 de noviembre. El día de mi viaje. La última vez que ella me vio. La última vez que alguien me vio.

Salón de los Friseal

El Señor Friseal termina de hacer la maleta y se prepara para salir.

SEÑORA FRISEAL.— ¿Lo llevas todo?

NARRADOR.— Friseal asiente.

El Señor Friseal asiente.

SEÑORA FRISEAL.— ¿Seguro?

SEÑOR FRISEAL.— Creo.

NARRADOR.— Se hace una pausa.

Pausa.

SEÑORA FRISEAL.— *(Por la jaula de grillos)* ¿Te llevas eso también?

NARRADOR.— Friseal asiente.

El Señor Friseal asiente.

A la señora Friseal le extraña —y mucho— que se lleve la jaula. Nunca, a ningún viaje, se lleva la jaula. ¿Por qué a este? Por eso pregunta...

SEÑORA FRISEAL.— ¿Cuánto tiempo dices que vas a estar fuera?

SEÑOR FRISEAL.— No te alarmes si tardo tres o cuatro días en volver.

NARRADOR.— Friseal se pone el abrigo...

El Señor Friseal se pone el abrigo.

... y añade...

SEÑOR FRISEAL.— En cualquier caso, cuenta conmigo para la cena el viernes por la noche.

NARRADOR.— Se dan un beso de despedida.

Se besan.

Un rutinario beso de despedida. Pero justo antes de salir, Friseal se detiene, se gira y dirige una última mirada a la señora Friseal. Ella no da mayor importancia a esa mirada. En ese momento no lo hace. Con el tiempo volverá a pensar en ella. Muchas veces. Y cada vez que lo haga le parecerá más extraña que la vez anterior.

El Señor Friseal sale. La puerta se cierra. La Señora Friseal se dirige a la ventana.

Salón de los Friseal

La Señora Friseal, frente a la ventana. Sola.

NARRADOR.— 25 de noviembre. Día de la desaparición de Friseal. El viernes llega, cae la noche, el reloj marca las nueve, hora a la que los Friseal cenan todos los viernes de manera rigurosa.

Las campanas dan las nueve.

Los segundos se convierten en minutos y estos en horas, las horas se suceden amontonando los latidos del reloj... Y, parada frente a la ventana, la señora Friseal lleva la cuenta de cada uno de esos incesantes movimientos. Son doce las veces que la aguja de las horas abandona su posición, setecientas veinte las que lo hace el

minutero y cuarenta y tres mil doscientos los segundos que trans-
curren antes de que las campanas vuelvan a tocar las nueve.

*Las campanas suenan de nuevo. Otra vez son las nueve. Mientras,
la Señora Friseal permanece inmóvil.*

La señora Friseal abandona la ventana y va hacia el teléfono.

La Señora Friseal abandona la ventana y va hacia el teléfono.

Descuelga y marca.

La Señora Friseal descuelga el teléfono y marca.

SEÑOR FRISEAL.— (*Narra*) En este momento está marcando el número de Dan Sinclair. Dan es, sin duda, nuestro amigo más cercano. Hijo único de una familia de apellido ilustre venida a menos, todo en él ha girado siempre en torno a dos movimientos... Construir y destruir lo construido. Nada ni nadie de lo que haya formado parte en algún momento sigue estando ahí. Excepto nosotros. Nosotros somos la única cosa duradera, podríamos decir real, que Dan tiene en su vida.

SEÑORA FRISEAL.— (*Al teléfono*) Hola, soy yo. (...) No, no lo estoy... Ha pasado algo. (...) No lo sé, pero estoy segura de que es algo grave...

Salón de los Friseal

La Señora Friseal, en la ventana. Un plato con tostadas en su mano. Dan Sinclair, sentado a la mesa, cena en silencio.

SEÑORA FRISEAL.— Perdona, ¿decías algo?